Plaza pública
para la edición del 9 de octubre de 1995

Don Samuel Ruiz

Miguel Ángel Granados Chapa

En las próximas horas, el comité Nobel del parlamento noruego dará a conocer su decisión sobre el Premio de la Paz correspondiente a este año. Don Samuel Ruiz, el obispo de San Cristobal de las Casas, que se ha entregado a la causa de la pacificación en Chiapas (y por ende en México) ha sido propuesto por segunda vez para recibirlo. Si se le escogiera, el refuerzo que esta distinción imprimiría a su elevada tarea justificaría plenamente el esfuerzo de quienes promovieron su candidatura. Pero si elección recae en otra persona, don Samuel tendrá presente la parábola del viñador que ofrece un denario a cada jornalero, una misma paga aunque realicen esfuerzos desiguales, de donde se desprende la enseñanza de que la gratificación consiste en el servicio mismo, no en el reconocimiento que se haga de él.

La reciedumbre moral de don Samuel ha estado a prueba en estos días, y el obispo sucesor de fray Bartolomé de las Casas ha salido avante de sus trances. Con la caridad que es prenda de su cristianismo, ofreció el miércoles una cordial bienvenida a quien es ya su coadjutor y será, conforme a las previsiones pontificias, su sucesor. La emoción quebró su voz al avalar el amor por los pobres de quien, inevitablemente, trabajará a su

lado y será al mismo tiempo conciencia vigilante de sus actos, aunque tenga la sabiduría suficiente para no convertirse en contralor de don Samuel.

Quiéralo o no un obispo (aun quienes ponen sobre todo el acento en la labor pastoral), actuar a la cabeza de una diócesis significa ejercer una porción del poder eclesiástico, implica estar en la política. En esa dimensión terrena, se libran luchas, y se gana o se pierde. Clausurada la puerta por la que el nuncio Prigione y el gobierno de Salinas quisieron despedir a don Samuel, el embajador vaticano pudo obtener una victoria a medias, con el nombramiento de un coajutor, que supone la necesidad de remediar alguna deficiencia. Debe ser extremadamente difícil admitir la descalificación que, en términos reales, se padece cuando se coloca una sombra a la vera del obispo. Sólo la certidumbre de que las tareas trascendentes propias del episcopado en general, y las particulares del que se ejerce en tierra de opresión y violencia, exceden en intensidad a las miserias humanas del gobierno de la Iglesia puede aliviar el desconsuelo generado por el maltrato. Ayuda, además en este caso particular, que la desconsideración contra don Samuel no pudo llegar al extremo de asestarle un coadjutor enemigo, sino que fue escogido un prelado capaz de vivir una conversión semejante a la que experimentó el obispo de San Cristobal poco tiempo después de llegar a los Altos, hace treinta y cinco años.

No sólo el poder eclesiástico zarandea el espíritu de don Samuel. Lo hace también el poder burocrático, que

aplica sus artes al impulso de torpes motivaciones políticas. Es insensato, en efecto, mantener la absurda idea de que el obispo de San Cristobal, y su clero, son parte del problema social en las comarcas donde actúan, siendo que brota la evidencia de que son parte de la solución. De allí que se no se entiendan las decisiones de expulsar a sacerdotes, impedir el retorno de otros que salieron del país conforme a acuerdos que sin empacho se violan, y mantener en capilla, indefensos jurídicamente, a otros que desempeñan un ministerio solidario con los indios de la selva y las montañas.

Ante ese amago, los miembros de la curia de San Cristobal han recordado que "nuestro obispo, don Samuel, rechazó las acusaciones que hacen a nuestros hermanos, y ha solicitado se continúe el diálogo para evitar que las autoridades de nuestro país cometan otro error hacia nuestra diócesis". Agregaron: "Sabemos que nuestra fuerza no es la de este mundo, viene de Dios y en él confiamos, pero ello no excluye el que necesitemos demostrar que la catolicidad de la Iglesia y su espíritu misionero la llevan, necesariamente, a tener presencia de sacerdotes, religiosos y religiosas que viniendo de otras naciones, sirvan a Dios y proclamen la Buena Nueva de Jesuscristo entre los pobres de nuestra tierra"

Don Samuel, a cambio de esos sinsabores, ha conocido recompensas. El 7 de septiembre le fue entregado en España el premio León Felipe, y el 23 siguiente recibió en el Zócalo de la ciudad de México el homenaje filial y emocionado de muchos que proclaman la paz verdadera. Pero sin duda su mayor gratificación se

producirá dentro de una semana, el martes 17, cuando se reúnan los grupos de trabajo sobre cultura y derechos de los indígenas, primer fruto del diálogo entre zapatistas y el gobierno. Cuando se comience de ese modo a entrar en el fondo de las causas que provocaron el alzamiento indio de enero de 1994, se verá que don Samuel ha tenido siempre no sólo razones, sino también razón

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Don Samuel Ruiz

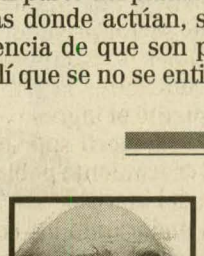
El nombramiento de un obispo coadjutor, que llegó ya a San Cristóbal, y la actitud de la burocracia sobre su clero extranjero, son señal de las presiones del poder sobre el obispo que podría mañana obtener el Premio Nobel de la Paz.

EN LAS PRÓXIMAS HORAS, EL COMITÉ NOBEL DEL Parlamento noruego dará a conocer su decisión sobre el Premio de la Paz correspondiente a este año. Don Samuel Ruiz, el obispo de San Cristóbal de las Casas, que se ha entregado a la causa de la pacificación en Chiapas (y por ende en México) ha sido propuesto por segunda vez para recibirlo. Si le fuera otorgado, el refuerzo que esta distinción imprimiría a su elevada tarea en pro de la paz y la dignidad de los indios, justificaría plenamente el esfuerzo de quienes promovieron su candidatura. Pero si la elección recae en otra persona, supongo que don Samuel no lo resentirá, pues tendrá presente la parábola del viñador que ofrece un denario a cada jornalero, una misma paga aunque realicen esfuerzos desiguales. De ese ejemplo evangélico los cristianos desprenden la enseñanza de que la gratificación consiste en el servicio mismo, no en el reconocimiento que se haga de él.

La reciedumbre moral de don Samuel ha estado a prueba en estos días, y el obispo sucesor de fray Bartolomé de las Casas ha salido avante de sus trances. Con la caridad que es prenda de su cristianismo, ofreció el miércoles una cordial bienvenida a don Raúl Vera, quien es ya su coadjutor y será, conforme a las previsiones pontificias, su sucesor. La emoción quebró su voz al avalar el amor por los pobres de quien, inevitablemente, trabajará a su lado y será al mismo tiempo conciencia vigilante de sus actos, aunque tenga la sabiduría suficiente para no convertirse en contralor de don Samuel.

Quiéralo o no un obispo (aun quienes ponen sobre todo el acento en la labor pastoral), actuar a la cabeza de una diócesis significa ejercer una porción del poder eclesiástico, implica estar en la política. En esa dimensión terrena, se libran luchas, y se gana o se pierde. Clausurada la puerta por la que el nuncio Prigione y el gobierno de Salinas quisieron despedir a don Samuel, el embajador vaticano pudo obtener una victoria a medias, con el nombramiento de un coadjutor, que supone la necesidad de remediar alguna deficiencia, alguna desviación en la rectoría de una diócesis. Debe ser extremadamente difícil admitir la descalificación que, en términos reales, se padece cuando se coloca una sombra a la vera del obispo. Sólo la certidumbre de que las tareas trascendentes propias del episcopado en general, y las particulares del que se ejerce en tierra de opresión y violencia, exceden en intensidad a las miserias humanas del gobierno de la Iglesia, puede aliviar el desconsuelo generado por el maltrato. Ayuda, además en este caso particular, que la desconsideración contra don Samuel no pudo llegar al extremo de asestarle un coadjutor enemigo, sino que fue escogido un prelado capaz de vivir una conversión semejante a la que experimentó el obispo de San Cristóbal poco tiempo después de llegar a los Altos, hace treinta y cinco años.

No sólo el poder eclesiástico zarandea el espíritu de don Samuel. Lo hace también el poder burocrático, que aplica sus artes al impulso de torpes motivaciones políticas. Es insensato, en efecto, mantener la absurda idea de que el obispo de San Cristóbal, y su clero, son parte del problema social en las comarcas donde actúan, siendo que brota la evidencia de que son parte de la solución. De allí que se no se entiendan las decisiones de expulsar a sacerdotes, impedir el retorno de otros que salieron del país conforme a acuerdos que sin empacho se violan, y mantener en capilla, indefensos jurídicamente, a otros que desempeñan un ministerio solidario con los indios de la selva y las montañas.



Cuando la semana próxima, el martes 17, se establezcan los primeros grupos de trabajo, sobre cultura y derechos de los indígenas y se comience a entrar al fondo de las causas de la insurgencia zapatista, se comprobará que don Samuel Ruiz tenía razón.

Ante ese amago, los miembros de la curia de San Cristóbal han recordado que "nuestro obispo, don Samuel, rechazó las acusaciones que hacen a nuestros hermanos, y ha solicitado se continúe el diálogo para evitar que las autoridades de nuestro país cometan otro error hacia nuestra diócesis". Agregaron "Sabemos que nuestra fuerza no es la de este mundo, viene de Dios y en él confiamos, pero ello no excluye el que necesitemos demostrar que la catolicidad de la Iglesia y su espíritu misionero la llevan, necesariamente, a tener presencia de sacerdotes, religiosos y religiosas que viniendo de otras naciones, sirvan a Dios y proclamen la Buena Nueva de Jesuscristo entre los pobres de nuestra tierra".

El obispo español-brasileño don Pedro Casaldáliga trazó ante el periodista Carlos Fazio esta explicación sobre la resistencia del Tatik, como le llaman sus fieles, que se puede leer en el libro *Samuel Ruiz, el caminante*:

"Como cualquiera que haya vivido un proceso semejante y haya optado con una cierta radicalidad por los pobres, por los indígenas, por una sociedad y una Iglesia nuevas, don Samuel ha de vivir, es claro, ciertas dudas, y sentirá ciertas veces el vértigo. Discordar de los propios compañeros obispos, discordar incluso de directrices y advertencias provenientes de la Curia romana ha de causar siempre una cierta tensión. El obispo de San Cristóbal ha de preferir, eso es también seguro, estar en plena paz eclesiástica. Pero ya Jesús advirtió que la paz que El venía a traer no coincidía siempre con la paz que el mundo da: ni con la paz del Imperio, ni con la paz de la Sinagoga".

Don Samuel, a cambio de esos sinsabores y esas tensiones, ha conocido recientes recompensas simbólicas, aparte las que sus fieles le ofrecen cotidianamente con su solidaridad. El 7 de septiembre le fue entregado en España el premio León Felipe, y el 23 siguiente recibió en el Zócalo de la ciudad de México el homenaje filial y emocionado de muchos que proclaman la paz verdadera. Pero sin duda su mayor gratificación se producirá dentro de una semana, el martes 17 cuando se reúnan los grupos de trabajo sobre cultura y derechos de los indígenas, primer fruto del diálogo entre zapatistas y el gobierno. Cuando se comience de ese modo a entrar en el fondo de las causas que provocaron el alzamiento indio de enero de 1994 se verá que don Samuel ha tenido siempre no sólo razones, sino también razón.